

[Alegato contra las hormigas] (por Pablo Nougués)

Hay reputaciones mal adquiridas, así como en la escala social, en la escala zoológica.

De las hormigas, por ejemplo, todo el mundo elogia la previsión, la modestia, la laboriosidad, mil virtudes. Y, sin embargo, no sería difícil señalar en las costumbres de esos animalitos ejemplares, el rastro de los más feos vicios.

Su perenne labor consiste en apoderarse de lo ajeno, y está penada en los Códigos de todas las naciones bajo la técnica denominación de hurto.

Su modestia se parece mucho á la alevosía del que procura consumir impunemente las malas acciones.

Su previsión tiene el nombre de egoísmo en todos los diccionarios humanos.

Las hormiguitas, en fin, á pesar de las universales simpatías que inspiran, no pueden ser más despreciables.

Viven debajo de la tierra, y para ellas solas, como si fuera de su agujero no hubiese mundo; como si más allá de su mísera familia terminara la creación.

Mientras el pájaro pía de hambre durante el invierno, en las desarrapadas ramas de los árboles melancólicos, ellas celebran el festín de la avaricia en los repletos sótanos de sus abrigadas viviendas. Si alguna vez aparentan tomar el sol de mediodía, en el primer mes del año, no lo creáis: van en busca de las postrimeras pajas desprendidas de los nidos, para mullir su lecho de sibaritas. Como al poner vuestro pie sobre aquella hilera de puntos negros, las veáis acurrucarse humildes contra la tierra humedecida, no las hagáis caso: se proponen explotar vuestros generosos sentimientos, á fin de que no apretéis las plantas y las aplastéis conforme merecen.

Al contemplarlas, con el espolio del día, caminando lentas y perezosas y descuidadas, á través de los últimos reflejos del poniente, como para pregonar el cansancio de una ruda fatiga, no os mováis á compasión, pues ellas vienen satisfechas, descansadas, á su retiro.

Bien considerado, la hormiga, reparado, carece de toda cualidad atrayente.

No posee ni el valor del gorrión, que desafía la escopeta del labriego; ni la noble altivez de la abeja, que toma á mano armada lo que le hace falta; ni el caballeroso heroísmo de la mariposa, que espía en las llamas su amor á lo brillante y luminoso.

No riñe, como el gallo, por su dama; no muere, como la paloma, por sus hijos; no vigila, como el perro, la hacienda de sus bienhechores.

Peró por un grano de trigo lleva la guerra civil al centro del abismo.

La verdad es, que la hormiga consume y no produce. Durante su inútil existencia, impone tributo á todo ser viviente: al labrador, á quien roba sus espigas; á la avecilla, á quien cercena su alimento; al reptil mismo, á quien arrasa el suelo por donde deben arrastrarse sus infinitos anillos.

En cambio, tras de su muerte, no deja herencia á nadie.

La aceituna que arrebató el tordo hambriento á los viejos olivares, se convierte en sabroso manjar, que devora el cazador en la hora de la siesta.

La esencia de las flores perfumadas, que convirtió en rica miel una fecunda piratería, adorna nuestras mesas y deleita nuestros paladares.

De la culebra se aprovecha la piel, del avestruz la pluma, del lobo, los huesos.

Sólo la hormiga, que todo lo pone á contribución, se lo guarda para sí todo.

Y, sin embargo, al lobo se le echa en cara su voracidad; al avestruz, sus instintos feroces; á la culebra, sus inclinaciones bajas, mientras en las hormigas, todo cuanto merecería la censura, obtiene el aplauso. Acaso se deba el milagro á la miseria misma de su naturaleza íntima.

La hormiga es un hipócrita que disimula, mediante apariencias engañosas de resignación, de ahorro, de trabajo, la rapiña la codicia, la molicie en que vive; es un avaro que disfraza, con el afán de una prudencia ficticia, la vileza, la cobardía, la esterilidad, que les son peculiares. Es una de esas reputaciones fundadas en el engaño, contra las cuales la verdad no prevalece nunca.

¿Cuántas hormiguitas humanas vemos por esos mundos adelantel

Las gentes que se llaman vividoras, las rotabilidades que se improvisan á costa de los ajenos esfuerzos, los hombres inofensivos, los logreros de la buena fe general, ¿qué son sino hormiguillas aprovechadas, á quienes todo viene bien menos el sacrificio propio?

Admirad, lectores, cuanto os plazca, á esos animalitos afortunados que llevan en su pequeñez la garantía de su grandeza. Presentadlos como modelo de envidiables cualidades. Encomiad su laboriosidad, su previsión, su modestia, sus cien mil virtudes.

Pero dejadme levantar, antes de tiempo, el velo de la rutina. Al fin y al cabo, en la esfera zoológica como en la social, van de capa caída. Llegará el trance solemne de la rectificación del juicio público, y si ellas son susceptibles de enmienda, nos agradecerán el haberlas puesto en el camino del arrepentimiento.

Entre tanto, perdonenme mis lectores el haberles llevado y traído tan por los suelos.

PABLO NOUGUÉS